

Homenaje de despedida

Duccio Bonavia Berber
Academia Nacional de la Historia

Me siento abrumado por este homenaje de parte de dos instituciones a las que estoy muy ligado. A la Academia Nacional de la Historia por tener el honor de ser Miembro de Número y ocupar el cargo de Vice-Presidente; y al Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia por haber sido durante nueve años su funcionario.

Agradezco al señor Ministro Dr. Juan Ossio Acuña por honrarme con su presencia y por el otorgamiento del reconocimiento como “Personalidad Meritoria de la Cultura Peruana” del Ministerio de la Cultura. No tengo palabras para expresar mi reconocimiento a la Academia Nacional de la Historia por la deferencia de nombrarme Miembro Honorario. Gracias por las inmerecidas expresiones que se acaban de pronunciar con respecto a mi persona. Este homenaje ha sido una sorpresa para mí y por eso les quiero desde ahora pedir disculpas por la pobreza de estas palabras, pero las circunstancias y el tiempo me han impedido preparar un discurso académico como hubiera sido mi obligación hacer.

En la Academia Nacional de la Historia llevo ya dieciséis años como Miembro de Número. Debo decir que este nombramiento ha sido uno de los más altos honores alcanzados en mi vida académica, por dos razones fundamentales: la primera y que es obvia, porque se trata de una de las instituciones más prestigiosas de nuestro país; y la segunda, porque me ha tocado ocupar la silla de uno de mis maestros, el padre Pedro Eduardo Villar Córdova. Él es hoy en día uno de los tantos personajes olvidados por las nuevas generaciones y sin embargo ha dejado enseñanzas que hacen historia. Cuando se leen hoy las páginas de su libro sobre la arqueología del valle de Lima, da ganas de llorar al constatar que ya no queda casi nada de los monumentos que había cuando él hizo el estudio en los años treinta del siglo pasado. Y no podré olvidar nunca cuando en una de las prácticas de campo que el maestro estaba acostumbrado a realizar en la zona de Ancón, nos señaló que allí estaban los restos entre los más antiguos que se ha descubierto en el Perú. En ese momento los estudiantes no aquilatamos la importancia de esas palabras y nos

dimos cuenta de ello, solo cuando años después, Edward Lanning trabajando exactamente en ese lugar identificó dichos restos. Y en los libros se cita solo a este arqueólogo norteamericano, pero no se menciona a Villar Córdova.

La Academia Nacional de la Historia, como muchas de nuestras instituciones tutelares, ha pasado y pasa momentos difíciles. El Gobierno la desconoce casi totalmente y se olvida que cuando se la creó el 18 de febrero de 1905 bajo el gobierno de José Pardo y Barreda como Instituto Histórico del Perú, en sus Estatutos el Artículo 5º señala que uno de sus fines es cumplir “Dando los informes y satisfaciendo, previo estudio, todas las consultas que tenga a bien hacerle el Gobierno, acerca de materias relativas a su instituto”. Y esto ha sido ratificado cuando posteriormente, en 1962, se la renombró como Academia Nacional de la Historia y en el Artículo 2º, inciso f, dice que uno de sus fines es “proporcionar los informes que le pidan los Poderes del Estado”. Si bien es cierto que en algunos casos se nos ha tomado en cuenta, hay que decir que en muchos otros se ha desconocido esta función de nuestra corporación, y mientras otras academias reciben un apoyo económico del Estado, este nunca ha sido concedido a la nuestra.

Esto en parte es debido al hecho que en la sociedad en la que vivimos, una presunta modernidad llamada “globalización”, se piensa que instituciones como esta ya perdieron de vigencia y deberían ser olvidadas. Quisiera recordar con respecto a esto, las palabras que pronunció don José Agustín de la Puente Candamo, ex presidente de la Academia y sin duda una de las mentes preclaras de nuestra historiografía. En el discurso que él hiciera en ocasión de la celebración del nonagenario de nuestra institución, él dijo: “Algunas personas pueden ser escépticas frente a la vigencia de las academias en la hora presente. Sin embargo, la tarea no ha prescrito, y el cuidado y estímulo de los estudios de la historia nacional son empeños que están en la entraña misma de toda sociedad, y a este objetivo quiere servir nuestra Corporación”. En efecto, como escribí hace algunos años, “...no se puede olvidar el pasado. Y es sobre las bases de este, que se debe tratar de construir el edificio del mañana. Se ha dicho que un pueblo sin historia no es nada. Y es la gran verdad. Porque las bases históricas, con sus errores y sus fracasos, con sus éxitos y sus triunfos dan las medidas que deben servir a los pueblos para sus desarrollos. Por eso el estudio, la conservación y la enseñanza del pasado como herencia sagrada de todo pueblo, es un pilar fundamental para su progreso. Porque de esa manera se fortalecen los fundamentos de su cultura y le permiten enfrentarse a los embates de los fenómenos culturales extraños, como sucede con la globalización. Si una cultura es suficientemente fuerte, puede resistir mejor a estas acometidas y puede incluso utilizar los elementos foráneos que le pueden ser útiles de alguna manera, pero sin tener necesariamente que asimilarlos y hacerlos suyos. Es decir, es necesario que cada pueblo tenga clara la imagen de su identidad cultural. Y esta se puede encontrar y entender solo en su propia historia”. Y esto es justamente lo que pretende y defiende nuestra Academia.

Aunque es verdad que nueve años pasados en un organismo estatal no son muchos, para mí la estada en el Museo ha significado una etapa importante de mi vida que comenzó con grandes esperanzas y terminó con graves desilusiones.

Cuando ni siquiera pensaba venir a trabajar aquí, me llamó José María Arguedas, entonces director de la Casa de la Cultura del Perú, y me pidió que lo ayudara a reorganizar el museo. Y pensó en mi persona dado que él sabía mi gran cercanía al entonces director Jorge Muelle, del que soy discípulo. Me sentí anonadado por la gran responsabilidad que ello significaba, pero viniendo de quien venía la propuesta y dado que había escogido la arqueología como profesión no podía no aceptar. Recuerdo el entusiasmo con el que se comenzó a trabajar, sobre todo porque mi llegada como hombre de una nueva generación, que no formaba parte ni de la llamada "escuela de Tello" ni de los que no formaban parte de ella, como era el caso de Jorge Muelle, significó convertirme sin quererlo, en una especie de mediador, que permitió limar las diferencias y pensar en la estructura de un nuevo museo, más moderno.

Para mí esa fue una experiencia inolvidable, pues como no tuve la suerte de conocer a Julio Tello, se me presentó en ese momento la oportunidad de trabajar y forjar una amistad con sus más cercanos colaboradores y enterarme de una serie de detalles de la vida de ese gran hombre que no están en los libros y que algún día, si la vida me lo permite, tendré que escribir para la historia de nuestra arqueología. Mis relaciones con Toribio Mejía Xesspe y con Julio Espejo Núñez fueron siempre muy cordiales y con ambos se estableció una relación de profundo y sincero aprecio

Lo que más me impactó al llegar aquí, fue la mística que existía en el personal respecto a los restos de nuestro pasado. Mística que Muelle supo no solo conservar, sino que trató incluso de aumentar. En esos tiempos, estaban aún trabajando la mayoría de las personas que lo hicieron con Tello y que él había entrenado. Entre ellos estaban Pablo Carrera y Pedro Rojas Ponce, maestros del dibujo arqueológico y justamente una de mis preocupaciones que desafortunadamente no se logró realizar, fue que ellos entrenaran a algunos jóvenes para que la tradición no se perdiera. Ellos formaban una escuela de dibujo que se ha perdido. Luis Ccosi Salas ya no estaba en el museo, pero venía cada cierto tiempo. Las réplicas que él hizo de las cabezas clavos y de las otras esculturas de Chavín, han quedado como ejemplo y me parece que hasta hoy no han sido superadas. Con él ya habíamos iniciado algunas conversaciones para que les diera lecciones a algunos jóvenes transmitiéndoles sus conocimientos, pero esa iniciativa también quedó trunca.

Fue en ese momento de grandes esperanzas para nuestro museo, cuando la obra de reorganización soñada por Arguedas estaba comenzando, que se produjo la gran desilusión al ser nombrada directora del Instituto Nacional de Cultura Martha Hildebrandt. Lo he dicho en varias oportunidades y lo repito ahora, ella es una de

las personas que más daño le ha hecho a la Arqueología Peruana. Pues fue ella que obligó de mala manera a renunciar a la dirección del museo a Jorge Muelle y a partir de ese momento convirtió un cargo que era técnico y administrativo en un puesto de confianza, nombrado a dedo. Y fue así que Luis Guillermo Lumbreras asumió la dirección y es a partir de entonces que el museo ha ido decayendo y no se recupera hasta ahora. Lumbreras tiene dos graves responsabilidades frente a la historia, el haber destruido esa mística que había dejado Tello y que Muelle, repito mantuvo, y que bajo su administración se produjo el gran robo de las mejores piezas de oro que estaban guardadas en un ambiente especialmente protegido en el sótano. Dicho robo nunca ha sido esclarecido ni se ha enjuiciado a los culpables. Eso nunca había sucedido antes en este museo.

Pero la otra grave culpa de Martha Hildenbrandt es la gran responsabilidad que bajo su administración no se comenzara la construcción del nuevo museo nacional, cuyo proyecto nació bajo la presidencia de Fernando Belaunde. Como ex funcionario del Instituto Nacional de Cultura puedo dar fe que todas las condiciones para el inicio de esa obra estaban dadas y es por exclusiva incompetencia y egolatría de Hildebrandt que no se comenzó. Es verdaderamente vergonzoso que el Perú, con su riqueza arqueológica, que es una de las mayores del mundo, no tenga el gran museo que se merece. En América, México ha dado el gran ejemplo que nosotros no hemos sabido seguir. Nuestro viejo y querido Museo sigue teniendo los mismos ambientes de la antigua construcción que data de 1945 y que prácticamente no han cambiado desde entonces, cuando Tello asumiera su dirección. Además en el año 1988, por simples intereses de parte y sin ningún fundamento válido se le despojó de una parte de sus colecciones para crear ese organismo artificial que es el Museo de la Nación y que por lo menos debería cambiar de nombre pues no es digno del que lleva.

Es de esperar que en algún momento el gobierno se dé cuenta que una de las tareas fundamentales que se debe emprender, es darle al Perú el gran museo no solo para honrar nuestro pasado sino también, y esto es fundamental y hasta ahora no ha sido comprendido, para convertirlo en el único lugar en el que las generaciones jóvenes puedan encontrarse con su historia y de allí se logre ir generando eso que nos falta aún, que es la identidad nacional. Sin ella el Perú seguirá siendo huérfano.

Este año se cumple el centenario del nacimiento de José María Arguedas, uno de nuestros más grande escritores pero sobre todo el que más que ningún otro supo entender y describir el Perú profundo. El gobierno no ha sabido rendirle el homenaje que se merece. En estos mismos ambientes, en largas conversaciones que tuvimos, pude darme cuenta de la importancia que él le daba a nuestras colecciones arqueológicas. Y fue justamente que él demostró ese amor cuando una de las primeras tareas que asumió al ser nombrado director de la Casa de la Cultura, fue la reorganización de este museo y de la que me honro de haber sido testigo presencial. Sería

una de las mejoras formas de honrar su memoria, si en ocasión de este centenario el próximo gobierno anunciara el reinicio de la construcción del museo arqueológico. Sabemos que en nuestro país es más fácil soñar que enfrentar realidades. Pero permítanme soñar en este momento de despedida de esta entidad estatal, en la que pude compartir esperanzas con un grupo de personas que creímos que la arqueología peruana se merece un nivel muy alto en nuestra sociedad.

Agradezco sinceramente que se hayan acordado de mí y recibo este homenaje no en nombre propio sino en el de todo el equipo que trabajó en aquellos años conmigo con una sola meta: salvaguardar nuestro patrimonio histórico.

Yo no puedo juzgar si mis aportes a la Arqueología Peruana tienen algún valor o no. Eso lo podrán hacer solo mis colegas y la historia. Lo que sí puedo asegurar es que incluso antes que asumiera la nacionalidad peruana, justamente para poder ser funcionario de este museo, he luchado incansablemente para lograr dos metas: hacer arqueología científica desentrañando nuestro pasado y defendiendo hasta las últimas consecuencias nuestro patrimonio cultural. Muchas veces mis intenciones han sido mal interpretadas o mal tomadas, pues en nuestro medio una de las cosas más difíciles es decir la verdad. Y el precio que se paga por hacerlo es muy alto. Pero se trata de un compromiso de principios y estos no pueden ser olvidados. En este sentido le debo un agradecimiento muy especial a la Academia Nacional de la Historia, que es una de las pocas instituciones que me ha acogido en su seno y que me ha honrado con su confianza. Esto es algo que llevaré conmigo y que me acompañará hasta los últimos días de mi existencia. Hay dos medallas que me honran, la de la Academia y la de la Universidad Nacional de Trujillo, que me fue entregada cuando fui nombrado Doctor Honoris Causa. Les puedo asegurar que las llevaré y las mostraré con orgullo en cuantas ocasiones sea posible.

Las despedidas son siempre difíciles, pues significan alejarse de toda una experiencia de vida. Y pienso sinceramente que cuando uno compara lo poco que uno ha hecho con lo mucho que otros han hecho, la pregunta que sale espontánea es si las palabras que uno pueda decir tengan en verdad alguna validez. Frente a esta interrogante me ha quedado una gran duda y es por eso que esta noche prefiero hacerlo con las palabras del padre de nuestra arqueología científica, del gran Max Uhle. Cuando fue incorporado a nuestra corporación en 1906, él pronunció un discurso que tiene ciertos párrafos que parecen escritos hoy por la vigencia que tienen y que nos llevan a una profunda meditación. Uhle en dicha oportunidad dijo estas palabras que hago mías:

“Antes de terminar hago una apelación al corazón de mi auditorio, á los hombres del Gobierno, á mis colegas, para que me ayuden en la tarea que me he impuesto. Pido protección para los monumentos del país. Es preciso que se expidan leyes que impidan el saqueo de las huacas. Una generación de igno-

rantes del pueblo, los buitres de las antigüedades nacionales, arrancan, día por día objetos que son comerciables de las tumbas antiguas, destruyendo tesoros irrecobrables de un valor histórico sin precio. Pido protección para los monumentos del país que han resistido millares de años, que necesitan que se destierre lejos de ellos á los vándalos, que allí quieren buscar tesoros: á los frívolos que explotan los palacios antiguos para diferentes usos de sus haciendas. Lo que principia á desmoronarse por la acción del tiempo ó la fuerza de los elementos, hay que restaurarlo, para lo que es el orgullo de la generación presente, sea traspasado también á la posteridad. Un pueblo que honra á su pasado y lo estudia [y recalco estas palabras] se honra a sí mismo. El honor que el Perú dispensará al estudio de su historia traerá la elevación política del país, y en el respeto que le inspiren los mudos testigos de su grandioso pasado, encontrará la fuente de su elevación espiritual, sin la cual todo progreso es imposible. Si así actuamos espero ver el día, no lejano, en que el Perú tome lugar eminente entre las naciones que más florecen en el mundo por su cultura; su desarrollo intelectual. Unámonos en el trabajo para este fin.”.

He dicho.

7 de marzo de 2011